

con cara de loco y vi a Potaje que, con la mayor tranquilidad, me señalaba una hoja escapada del sobre abierto por mí, caída a mis pies.

La recogí y vi que decía lo siguiente:

Mi querido señor Herbert:

Es muy posible que halle usted al capitán Hyx en las islas Ctes. En todo caso, sólo allí podrán decirle lo que usted debe hacer para verle. El encargo es urgentísimo. Es necesario, pues, que esta carta le sea entregada en propias manos, y precisamente por usted, antes de ocho días.

Salúdale

VON TREISCHKE.

P. D.—Tengo el placer de comunicarle que don Ramón tiene encargo de entregar a usted 5.000 marcos que presto a usted en el caso de que careciera de dinero.

Me dejé caer cuan largo era en mi camastro. ¡Ah! ¡Bien sabían esas gentes que no podía negarme a nada desde que habían tomado a mi madre bajo su maldita protección. Estaba como herido por un rayo. Fué inútil cuanto hizo el buen Potaje para que comiera su excelente *caldereta* con el fin de reanimarme. Había perdido el apetito, y para mucho tiempo.

Cuando pude hablar le pregunté:

—Pero ¿cómo han sabido los boches que me ocultaba aquí?

—¡Bah!—me contestó el buen Potaje sonriendo—. Usted es el único en ignorar aquí que don Ramón cobra de la Wilhelmstrasse...

ME puse a llorar como un niño y Potaje me consolaba como un hermano mayor.

—Bien sabía yo que era usted un caballero. Un mal letrado colgado al cuello de un hombre no basta para ocultar todas las cualidades de educación y del alma. Cuando vi a usted entre las manos de don Ramón, me dije que debía usted haber cometido algún hermoso crimen de amor o de justa venganza, y le compadecí, pues pensé que tarde o temprano le vendería a usted don Ramón, que es un avaricioso, por algunas monedas. Pero desde el momento que se trata de los boches no se le puede censurar, pues si usted era buscado por ellos, don Ramón no ha hecho más que cumplir con su deber, puesto que desde hace mucho tiempo es un empleado de sus servicios de espionaje. En cuanto a mí, que de nadie cobro y que paso el tiempo dándole *mi* dinero a don Ramón, le confieso sinceramente que estoy asqueado de la vida que llevo, y si usted quiere llevarme consigo, le doy mi palabra de seguirle como un perro fiel, dispuesto a servirle y a morir por su amo si necesario fuera.

Le miré con tristeza, intentando disuadirle de tal proyecto.

—Mi pobre Potaje, la vida que llevo no es muy envidiable y está rodeada de tales peligros, que un lisiado como tú no me puede ser de gran utilidad. No por eso dejo de agradecer tu buena voluntad de todo corazón, y si algún día logro salir con bien de la terrible aventura en que me ha lanzado el destino, me acordaré de ti.

—¡Aventural!—exclamó—. ¡Aventural! ¡Quiero compartir su aventural

Y sin que yo pudiera darme cuenta de cómo ocurrió la cosa, se desembarazó de su carretilla y patines y se mantenía sobre sus torcidas piernas. Afectaba una la forma convexa y otra la cóncava; pero aseguró que aquella anomalía no tardaría en desaparecer por poco que de su parte pusiera y si ello podía causarme placer. Sin embargo, me dijo que no abandonaría todos sus «recursos de lisiado» y que se llevaría la carretilla y los patines, que en muchas ocasiones podrían serle muy útiles; por ejemplo, «cuando tuviera necesidad de ir de prisa».

En esto entró don Ramón y se rió mucho al conocer mi proyecto de llevarme a Potaje, pues no tuve más remedio que decidirme, al ver al pobre niño llorar tan ardientemente, a aceptar su desesperada súplica.

Hablaba nada menos de tirarse con su carretilla al mar desde lo alto del muelle Calderón si no le aceptaba «en mi servidumbre» en calidad de botones.

El hecho era que no podía tenerse de pie, y yo estimaba que, si llegaba la ocasión de servirme, los recados serían desempeñados más rápida y hábilmente por el lisiado con su carretilla y patines que por un Potaje vacilante sobre unas piernas arqueadas. Pero la cuestión no radicaba allí; la cuestión era que me quería y que el pobre muchacho lloraba. Soy muy sensible y de carácter muy débil, y estoy seguro que moriré del corazón si los boches y el capitán Hyx no acaban antes conmigo. Así, pues, me llevé a Potaje, que me fué cedido por don Ramón en mil marcos.

Aquella adquisición me consoló un tanto de la desespe-

ración que me causó el tener que abandonar mis andrajos, el letrero, mi desván y los soportales de la catedral para lanzarme de nuevo en un asunto que había creído enterrado conmigo y que me reservaba aún múltiples sorpresas.

Tenia, pues, que volver a Vigo. No me cabía ninguna duda de que la carta que me habían encargado entregar al capitán Hyx se refería a la mujer de éste, y que contaban conmigo para hacer saber al dueño del *Vengador* que aquella a quien creía muerta gozaba de perfecta salud. Aquel sobre debía contener las pruebas de ello, pruebas que debía haber recogido von Treischke con la ayuda de la misma Mrs. G., viéndose de esta forma obligado el capitán Hyx a devolver a Amalia si quería recobrar a su mujer. ¡Sencillo, sencillísimo! ¡Alégrate, pues, Herbert de Renich!

Pero si era así, ¿por qué aquella angustia y aquel temblor ante un asunto sencillo? Era porque me veía en la imposibilidad de comprender *por qué no había sido tan sencillo mucho antes...* Y pensando en esto opinaba que *habíase hecho excesivamente fácil de pronto.*

Desconfío ahora de las cosas sencillas y de mi sencillo espíritu. He examinado en vano todos los aspectos de todos los razonamientos para explicarme por qué los boches y von Treischke no le han gritado al mundo en general y al capitán Hyx en particular: «Mrs. G., ¡a quien nos acusáis de haber torturado, vive!» También he examinado inútilmente el explicarme por qué Mrs. G. se ha negado a escribir a su marido esta noticia cuando yo se lo pedí...

Como también renuncio ahora a comprender por qué se me encarga de una misión tan sencilla, exigiendo que vaya por un camino tan difícil... por un camino inabordable, ¡el de las islas Cies!..., cuando con una simple nota enviada a cualquier embajada o legación neutral lo arreglaría todo en un periquete... ¡en un periquete!, como vulgarmente se dice...

¡Por la Virgen del Pilar!—como dicen los españoles en las novelas francesas—, ¿qué nueva calamidad me espera en Vigo?

Aquella misma noche tomamos el tren para este punto Potaje y yo. Me vestí con un traje a cuadros casi decoroso. En cuanto a Potaje, cediendo a mis ruegos, habíase reintegrado su papel de lisiado; pero ¡qué lisiado! ¡El más elegante de toda Asturias! En un bazar de la ciudad vieja encontró una chaqueta y un chaleco de terciopelo color de vino, adornados de pasamanería, además de una faja de seda encarnada. El cuello de la camisa, de deslumbradora blancura, lo llevaba sujeto por dos gruesos pedruscos, que resplandecían como diamantes legítimos. Había, además, peinado sus cabellos, dejándose una coleta al igual que los toreros, cubriendo su cabeza con un calañés de terciopelo, sujeto al mentón por una cinta.

Tal cual estaba semejábase a una soberbia mitad de un torero de los ya lejanos tiempos en que los toreros de la ciudad endosábanse el traje tradicional.

Por donde pasaba obtenía un gran éxito con aquel muchacho.

En las estaciones sorprendía a todo el mundo por la vivacidad de sus gestos y la rapidez en el servicio. Pasaba por entre los bultos como un bólido, transportando en su carretilla mi maleta y paquetes con una destreza sin igual.

Nos servían y colocaban antes que a nadie. Trepaba a los trenes con gran agilidad, y cuando aún se le creía en el andén ya estaba instalado en el asiento.

Su ingénita alegría, desarrugando a mi alrededor los rostros más adustos y provocando divertidas bromas, me fué utilísima en un momento en que había caído al fondo de un abismo de tristeza. Hasta tal punto se hacía simpático aquel diablillo, que todo el mundo, luego de sorprenderse, me felicitaba por la elección que había hecho de un tan singular, pero agradable y diestrisimo botones. Acabé, como todo el mundo, por felicitarme a mí mismo.

A despecho, pues, de un tan largo y fatigoso viaje, en trenes exentos de toda comodidad, llegué a Vigo en un estado moral bastante bueno. Incluso empezaba a creer que

una empresa de la que yo no hubiera podido salir airoso solo, tenía grandes probabilidades de éxito ahora que contaba con la ayuda de aquel bribonzuelo de Potaje.

Nos hospedamos en uno de los primeros hoteles de Vigo, no lejos del paseo; esto es, en el barrio aristocrático. También obtuve allí un gran éxito con mi criado, tanto más cuanto que, habiéndose permitido el mayordomo del hotel inclinarse ante mi botones con un aspecto de burla bastante desagradable, mi Potaje, rápido como un relámpago, se apoyó en sus manos y le tiró la carretilla al estómago.

Los clamores de entusiasmo lanzados por los viajeros que en aquel instante se hallaban allí, cubrieron los lamentos del mayordomo, que tuvo que meterse en cama, y en lo sucesivo se nos respetó.

La misma noche fui a correos. Tenía mi plan y pregunté por el administrador, siendo inmediatamente conducido ante su presencia.

—Señor administrador—pregunté—, ¿tiene usted servicio postal con las islas Cies?

Al oír aquella brusca pregunta, el señor administrador se colocó los lentes sobre su nariz y me contempló como si fuera un bicho raro.

—No, señor—me dijo al fin—; no tenemos ningún servicio con las islas... Lo tuvimos en otro tiempo; pero en la actualidad está suprimido.

—Sin embargo, las islas están habitadas...

—Más que nunca, caballero. Han sido alquiladas a una sociedad particular que, según parece, fabrica explosivos de tan peligrosa naturaleza, que está formalmente prohibido el acceso a ellas. Según dicen, incluso han llegado a prohibir el aproximarse.

—Pero esa sociedad debe mantener relaciones con el continente, y si usted no le envía la correspondencia, tendrá forzosamente que venir por ella.

—Eso es precisamente lo que hacen—me contestó el administrador—. Seguimos recibiendo la correspondencia di-

rigida a las islas Cíes, aunque no tengamos ninguna estafeta ni funcionario alguno allí; pero, debido a un arreglo particular, la sociedad que nos ocupa viene a recogerla dos veces en semana.

—¿Podré saber, señor administrador, qué días vienen?

—Los martes y sábados.

Era lunes. Saludé al administrador y corrí al hotel, en donde me puse inmediatamente a escribir al capitán Hyx, a la señorita Dolores y al doctor Mederic Eristal. En aquellas cartas anunciaba que era portador de una noticia de la mayor importancia, que podría cambiar en alegría el mayor dolor; pero que era indispensable que viese al capitán Hyx en persona.

En la carta que escribí a éste me excusaba de la libertad que me había tomado al marcharme de su lado, añadiendo que conocía sobradamente su justiciero espíritu para no tener la seguridad de que se había desvanecido su rencor hacia mí, sobre todo cuando estuviera al corriente de cierta noticia, de la que gustosamente había aceptado el ser mensajero.

Me limité a escribir en cada sobre el nombre del destinatario con la indicación del punto de destino (islas Cíes). ¿Qué más podía haber puesto? Era cuanto sabía; pero no dudaba que con lo puesto bastaba para que llegaran a quienes iban dirigidas, en especial yendo dirigidas al capitán Hyx.

En mis cartas dí las necesarias indicaciones para que se me contestara, a la mayor brevedad, al hotel donde paraba.

El día siguiente me pareció interminable. Maté como pude el tiempo, llevando tras de mí a Potaje, desde las tiendas de la calle del Príncipe a la iglesia colegiata de Santa María. Pero las iglesias más hermosas del globo habían perdido todo interés para Potaje y para mí desde que no pedíamos limosna; así, pues, acabamos por salir de la ciudad y escalar el coronamiento de las colinas que la ro-

dean, llegando a subir las pendientes del castillo de Castro, desde el que se descubre toda la rada.

¡Qué espectáculo tan maravilloso! Teníamos a nuestros pies la adorable curva en la que se agazapa Vigo, desde la punta de Castro y el monte Guya. En ella se extienden las blancas casas, surgiendo entre el verdor de la vegetación, que van descendiendo de terraza en terraza hasta el puerto, hasta el muelle, siempre animado por el más activo comercio.

La batería de San Andrés avanzaba amenazadoramente su contrafuerte hasta las ondas de esmeralda.

Extendiase luego hasta el lejano horizonte la bahía, una de las más bellas, vastas y seguras del universo... Un verdadero golfo, padre de diez otras bahías, que son otros tantos puertos de refugio en aquel puerto único, en forma de estuario: ¡la bahía de Vigo! Riberas feraces cubiertas de viñas, de bosques y de pastos de márgenes afuera; pero en el Océano costas abruptas, llanuras desoladas, inaccesibles picachos: ¡un verdadero mundo!

Y lejos, allá lejos, a unos treinta kilómetros, envuelta en bruma, emergiendo de las aguas como una tierra de ensueño o de pesadilla, la imprecisa silueta de las islas Cíes (*insulæ Siceæ*).

¡Oh Vigo, Vigo! ¡Cuánto tiempo estuve contemplando tu glorioso y enigmático panorama!

Las miradas ordinarias sólo hubieran visto líneas corrientes, plazas, castillos, rocas dispuestas armoniosamente, sea por la naturaleza o por la industria humana; pero todo aquello *ocultaba algo para mí; ¡pero yo ignoraba qué!*... Las islas Cíes, por las que no había hecho más que pasar, me habían mostrado lo bastante para despertar en mí el terrible gusto de adivinar; Gabriel, por su parte, también me dijo lo bastante para excitar mi curiosidad, dirigiéndola allá, hacia el Noroeste, del lado de esa bahía de Liman, tan bien defendida contra la indiscreta mirada de los hombres. Más cerca, a mis pies, o casi a mis pies, de haber buscado

yo bien con unos gemelos, quizá hubiese descubierto el siniestro castillo en el que cierta noche pasó algo terrible entre Dolores y esos señores de la Kultur... En resumen... en resumen, un secreto instinto me decía que era en aquel cuadro encantador y formidable donde me sería dable descubrir, con el secreto del capitán Hyx, el de la *batalla invisible*.

¿Dónde, dónde se libraba la misteriosa lucha en la que perecían tantos bravos guerreros, *lejos del oído humano?* ¿Dónde?... Y ¿por qué? ¿Por qué?... ¡Herbert, querido Herbert de Renich, sé prudente; todo eso no te importa nada! ¡Eres neutral y lo olvidas demasiado! ¡Ya verás cómo todo eso te atraerá desgracias! ¡Desconfía, teme la misteriosa y encantadora bahía de Vigo! Ahí va un buen consejo: haz el encargo por el que has venido, y márchate. Créenos: ¡márchate en seguida, lo antes posible, si es que te dejan!... Aquello era, indiscutiblemente, lo más prudente; pero tenía un perfecto derecho a soñar en espera de las contestaciones a mis cartas, y de mirar, desde lo alto del castillo de Castro y a través de mis excelentes prismáticos, el movimiento del puerto, el ir y venir de los buques y de las barquichuelas, colgadas de su blanco triángulo como las gaviotas de sus alas. Pero ¿qué es eso? Bajo mis pies, casi a mis pies (el prismático acerca maravillosamente las personas y las cosas), acaba de deslizarse detrás de la punta de Castro, y viniendo del puerto, una canoa automóvil, y en ella hay un hombre erguido, una silueta que no me es desconocida. ¡Imposible equivocarme, imposible que mis ojos se engañen!

Esas espaldas cuadradas, ese talle rechoncho, esa mandíbula de dogo... ¡Pero si es el Irlandés! ¡El teniente Smith! ¡El segundo del *Yengador*! ¡El brazo derecho del capitán Hyx!

Potaje y yo descendimos las pendientes del castillo de Castro con mayor velocidad de la que empleamos en subirlos...

Pero bien pronto me pregunté lo que significaba aquella carrera, pues no tenía la pretensión de alcanzar al Irlandés, ya lejos de la rada, en camino de las islas Cies.

Sin embargo, aquel hombre ha traído quizá la contestación a mis cartas. Corramos al hotel. ¡Henos aquí!

Casi al mismo tiempo, entrega el mayordomo—sin burlarse esta vez—a Potaje mi correo. Son las mismas cartas que escribí y envié en la tarde del día anterior y que me son devueltas con la mención siguiente: *¡Desconocido en las islas Cies!*